

EL BAÚL DE MÚSICA

por Alessandro Pierozzi

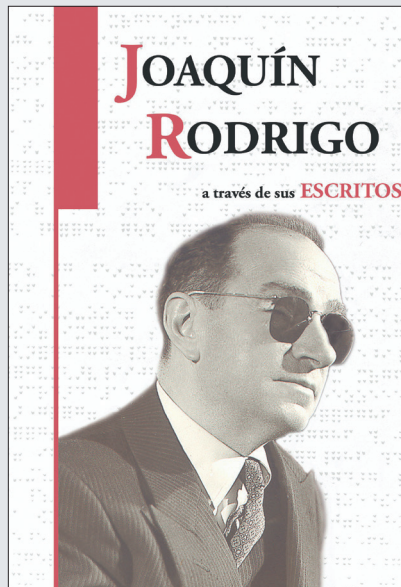
Reflexiones sobre la educación musical

El verano le permite a uno poder abrir su baúl de curiosidades informativas y adentrarse en el abrumador bosquejo documental que hoy en día se nos abre para conseguir tal objetivo. Ha ocurrido con algunos textos que he tenido ocasión de leer aleatoriamente y que, sin conexión primigenia entre ellos, han llegado finalmente a converger en la autopista de mis pensamientos, con dirección a un destino, el de la situación de la educación musical en España en todos sus niveles, plagado de dudas, contradicciones, aunque también de alguna luz esperanzadora que no oculta una evidente preocupación personal.

Empezaré por lo más reciente. Tras visitar en la Biblioteca Nacional de España la exposición *El paisaje acústico de Joaquín Rodrigo*, Cecilia Rodrigo, presidenta de la Fundación Victoria y Joaquín Rodrigo, me regaló el libro *Joaquín Rodrigo a través de sus escritos*, asegurándome que "este será tu libro de cabecera": no iba desencaminada. Entre las bellas reflexiones, una me impactó: *La música en la universidad*. Un texto de 1969 en el que el Maestro analiza la situación de la enseñanza musical en los grados superiores: "[...] esta enseñanza sigue siendo tímida e insuficiente [...]. Urge, pues, que la universidad española se plantee con seriedad y método el ejercicio de esta enseñanza colaborando con los conservatorios [...]". Y finalizando con este dardo al corazón, "[...] la música exige un estudio y un trato asiduo, atento y disciplinado. Pero posee, en cambio, un poder de captación, un poder de emocionar y una capacidad de deleitar o de distraer que la hacen fácil y asequible, a pesar de su abstracción, de su complicada técnica...". Una delicia.

Otro punto de reflexión me lo ha aportado un tweet, de ritmo algo machacón, aunque de una profundidad nada desdeñable, de Pepe Moltó, afinador y constructor de instrumentos populares, quien, como colofón a las noticias musicales que circulan por la red, comenta lacónicamente: "y mientras tanto sin música en la pública". Brillante.

Como tercer elemento, la tesis presentada por Rafael Villanueva Liñán en 2014 para la Universidad de Alcalá, titulada *La enseñanza musical instrumental en la enseñanza obligatoria: análisis de la situación actual y la clase de cuerda como alternativa al currículo*, que me aconsejaron ojear. Destacables algunas afirmaciones como "...somos muchos los que opinamos, porque podemos constatarlo, que la educación musical en nuestro país no funciona todo lo bien que debiera, o dicho



En *Joaquín Rodrigo a través de sus escritos*, se recogen reflexiones clarividentes del compositor acerca de la educación musical.

más simple, llana y duramente que no funciona [...]", o "...descontento basado en la constatación de que una mayoría de los alumnos acaban la etapa escolar sin saber apenas música...". No tiene desperdicio: "Parece ser que hubiera dos músicas: una 'de verdad' que se enseña en los conservatorios y escuelas de música a una élite de alumnos especialmente dotados y que quieren ser profesionales, y otra 'light' para el resto de los humanos...". A esto podría añadir la opinión de un admirado amigo, profesor de música en institutos madrileños: "esto va de mal en peor... dos horas de música a la semana en secundaria y bachillerato y sin un horizonte nada claro: se han cargado definitivamente la asignatura".

¿Entienden ahora mi pretensión inicial? La formación intelectual de nuestros jóvenes debe ser global, intensa y precisa: matemáticas, tecnologías, inglés... sí, pero un sistema educativo moderno, impulsado por los poderes públicos, no puede desentenderse, así como así, de la literatura, la lengua, la filosofía, ni, por supuesto, de la música. Introducir la pasión por

el discurso musical es fundamental no solo para crear nuevos aficionados o futuros músicos, sino para mejorar el rendimiento educativo y cognitivo general, como ha quedado demostrado científicamente con estudios en el campo neurológico y psicopedagógico.

Hay que afrontar sin miedo el romper los muros de unos programas demasiado encorsetados, basados en cuatro conocimientos de historia o lenguaje musical que lo que hacen es alejar aún más a los alumnos del fin principal: aprender a amar el mensaje musical, la emoción de una melodía, el secreto de un instrumento, el porqué de una armonía, el desarrollo de un ritmo o el conocimiento de los diferentes estilos musicales... ¡Eso es lo complicado! Como se suele decir, público hay, pero hay que fomentarlo y cuidarlo. Son muchos los jóvenes que no saben lo que se esconde tras unas notas, tras una sala de conciertos, tras una orquesta y, por ello, hay que entusiasmarlos desde edades tempranas desde los centros educativos y con el apoyo del núcleo familiar. Hay otros que están llamados a tocar un instrumento o a desarrollar una carrera musical; los conservatorios se llenan de aspirantes con calidad y talento, impulsados por buenas instalaciones y mejor profesorado. Y también han aumentado las posibilidades de las universidades para acceder a carreras o grados en musicología, y así lo demuestran las nuevas hornadas.

Pero no hay que cejar en el empeño: para que la planta crezca debe regarse y cuidar mucho su desarrollo, con paciencia y rigor, en contra de las dificultades. Y a esa labor estamos llamados todos los que amamos la música.

¡Y el libro del Maestro Rodrigo me sigue acompañando en las noches calurosas!

"La formación intelectual de nuestros jóvenes debe ser global, intensa y precisa: matemáticas, tecnologías, inglés... sí, pero un sistema educativo moderno, impulsado por los poderes públicos, no puede desentenderse de la literatura, lengua, filosofía, ni, por supuesto, de la música"

Alessandro Pierozzi en  @biblioalex70

<https://alessandropierozzi.com/>